

## HABLAN LAS MUJERES<sup>1</sup>

Leída con interés la crónica del distinguido escritor De Viu, publicada en La Acción del 29 de Noviembre último con el título “Anhelos feministas” (crónica inspirada en ciertas vibrantes cuartillas remitidas por una dama nombrada “Violeta de Castilla”), y animada por el llamamiento que hace ese periódico a las mujeres para que expongan su pensamiento acerca del problema feminista actual, hoy, como siempre, de grandísima importancia para todos, me permito abordar el asunto recordando que ya en otra ocasión, a propósito de unos magníficos artículos sobre feminismo, suscriptos por el notable pensador jerezano don Jacinto Ribeyro, en la Prensa periódica de Andalucía, traté del particular, demostrando sencillamente mis anhelos en cuanto se refiere a la dignificación de la mujer.

Mas como el transcurso de los años o la insuficiencia de lo escrito sin bastante autoridad traen consigo la indiferencia y el olvido, sin que esto cause extrañeza, voy a refrescar mis ideas de aquel tiempo, que siempre serán oportunas, y más en el presente periodo de evolución y reformismo.

Decía entonces, y repito ahora, que si los hombres de valía dedicasen una parte de sus energías y de su talento en pro de la mujer, encaminándola desde niña por los senderos que debe seguir, prestarían un inmenso beneficio a la Humanidad, porque aquella, no teniendo que temer la crítica, muchas veces injusta, de la sociedad, dejaría de vivir cohibida, en el reducido círculo que hasta aquí se le señaló, y, como en otras naciones más adelantadas, abiertos los horizontes del trabajo y del saber a su claro entendimiento, sería entonces, con más elementos y mayor cultura, la perfecta compañera del hombre, de que habla el santo evangelista en su gloriosa Epístola a los que contraen el lazo del matrimonio; contribuiría discretamente al sostenimiento de la armonía conyugal, sabría contrarrestar los grandes conflictos de la existencia, procrearía una raza vigorosa, robustecida con sus conocimientos higiénicos y educada en las benditas doctrinas del cristianismo, y dirigiría por los caminos rectos del bien a los hijos de su alma.

Estoy de acuerdo con todos los que han preconizado, como base primera de la mejora nacional, la instrucción de la mujer, puesto que esta es la piedra fundamental de

---

<sup>1</sup> *La Acción*, Madrid, 7-12-1918, pág. 2. Se publica en una sección titulada “Feminismo” y se completa con una segunda parte, “Hablan las mujeres (II)”, publicada el 8- 1- 1919, p. 1, que por razones de espacio no podemos incluir aquí, donde matiza algunas de sus afirmaciones al reconocer los avances en la educación de las mujeres y su presencia social a lo largo del siglo XX.

la familia, de la cual depende el porvenir. Por esto, el hombre debe pensar que aquella, para erigirla en madre de su prole, ha de ser antes instruida y elevada a más alto rango social, concediéndosele derechos de igualdad hasta cierto punto, derechos de que se ve privada (aunque no ya en absoluto), sin duda por no ser considerada con suficiente capacidad, o por miedo de que ella, con su vivaz imaginación, dé un paso adelante en el campo intelectual, por donde cruza con altivez el sexo masculino.

No soy, sin embargo, de las que creen que la mujer, para llegar a la categoría social que le corresponde, tiene que disfrutar de los mismos privilegios que el hombre. No; detesto a la hembra marimacho y sabidilla que, suponiéndose con tanta valía como el hombre, se insubordina y ensoberbece hasta el extremo de no someterse bajo ningún concepto a obedecerle, creyendo posible llegar sin él a la meta de sus aspiraciones, así en política y en ciencias como en literatura, artes y demás ejercicios profesionales.

Pero sin dejar de ser la mujer como yo la esbozo, dentro de sus funciones femeninas, amante de la familia y cuidadosa del hogar doméstico, soy de opinión que puede ser mucho más útil y conveniente al mundo siendo desde la infancia mejor educada y con más amplitud que lo ha sido hasta ahora en nuestro país.

Así como los padres, aun siendo ricos, se preocupan seriamente de la ilustración y del porvenir de sus hijos varones, ¿por qué no se ocupan igualmente de la instrucción y de los recursos con que han de contar las hijas en lo sucesivo si por orfandad o por los azares de la suerte se ven obligadas a buscar la subsistencia?

Fue creencia general de nuestros antepasados, y sigue siéndolo, por desdicha, entre la mayoría de nuestros contemporáneos, que la mujer no tiene más misión en la tierra que la del matrimonio. Cierto que una misión es esta muy sagrada, impuesta por Jesucristo a los seres de ambos sexos. Mas ¡cuántas hay que no se casan, cuántas que después de casadas son abandonadas por sus maridos, y otras muchas que enviudan, quedando en duro trance de no tener con qué afrontar las necesidades más perentorias de la vida!

Teniendo en cuenta esto y los prejuicios a que la expone su ignorancia, llevándola por los accidentados terrenos del lujo, de las pasiones y de otros idealismos peligrosos, en el orden político, influidas por el socialismo extranjero, y a fin de conservar la paz de los hogares y el bienestar de los pueblos y de los hombres sensatos, emplead, prudentes gobernantes, ilustres catedráticos y selectos escritores, cada cual en vuestro ministerio, los medios de acción de que disponéis a favor de la mujer, educándola en primer término para madre y directora de sus hijos y para que sea activa administradora de los bienes

comunes en el matrimonio, y si es menester, cumplidora fiel del cargo o del ejercicio a que la obligue su carrera oficial o sus trabajos industriales o artísticos.

Empezad por los cimientos con buenos materiales, y el edificio resultará sólido y capaz de contener a las multitudes ordenadas, que a su vez servirán de columnas poderosas, apoyo y sostén de las generaciones que se sucedan en los siglos venideros.

Mas como sobre el tema de que se trata, a pesar de lo mucho que se ha dicho, queda todavía mucho que decir, y yo no he expuesto más que la primera parte de mi juicio acerca del caso en cuestión, hago punto por hoy, en espera de otras opiniones mejor documentadas que la mía, ofreciendo, si me es permitido, otro día completar mi pensamiento sobre asunto tan interesante y trascendental.

Carolina de Soto y Corro